

Facultad de Medicina



Gaceta

Facultad de Medicina

UNAM

25 de agosto de 2009

Homenaje al doctor Manuel Quijano Narezo



Carta para don Manuel Quijano Narezo

México, verano de 2009

Muy estimado don Manuel:

En estos días en que la comunicación se ha vuelto instantánea, cuando podemos realizar conferencias telefónicas múltiples, vernos a través de la computadora y conversar en Skype, enviar mensajes a cualquier parte del mundo en segundos por teléfono celular o Black Berry, quiero dirigirme a usted de manera epistolar, como se ha hecho por siglos desde que se inventó la escritura; le agradeceré que piense que esta carta está manuscrita, porque usted sabe bien que las cartas personales, redactadas a mano, tienen un sello único que no pueden tener las cartas impresas.

Al escribirle, don Manuel, lo hago con gran placer y emoción y desearía que estas líneas sean al mismo tiempo de elogio y reconocimiento por todo lo que usted es y ha sido, y de agradecimiento por la influencia que su presencia ha tenido en cientos de individuos que, como yo, han tenido el privilegio de conocerlo; son muchas las generaciones de médicos que han recibido sus enseñanzas, su consejo, su ejemplo, y por eso este agradecimiento surge espontáneo.

Sé que nada en la vida es fortuito o fruto de la casualidad, su formidable preparación médica y quirúrgica es el resultado de esa decisión que desde siempre tuvo de lograr lo mejor, codearse y aprender de los maestros de todo el mundo, y así, desde su contacto con el doctor Darío Fernández en los albores de su carrera, se distinguió por no conocer obstáculos y buscar siempre la excelencia; eso lo llevó a contactar a don Salvador Zubirán, y luego a don Gustavo Baz, quien con aquella bonhomía característica movió sus influencias para que usted viajara a los Estados Unidos donde se preparó, primero en el Hospital St. Luke's y luego en la Clínica Lahey y el Massachusetts General Hospital; no contento con ello, continuó su sólida preparación al otro lado del Atlántico, viajó a Francia y en el Hospital St. Louis de Paris no sólo consolidó su preparación, sino que aumentó su cultura, singular sello de su personalidad, y cultivó la amistad de numerosos colegas y maestros de la cirugía francesa.

Ese gran bagaje de conocimientos lo ha compartido con colegas y alumnos a lo largo de su vida, y por eso lo llamamos maestro; pero además, con ese espíritu de hombre universal, junto con su preparación médica y quirúrgica usted adquirió una cultura singular tanto en México como en el extranjero, acrecentada constantemente al contacto con intelectuales y artistas; esa mezcla de ciencia y cultura, que fluye naturalmente en todo momento, es motivo de admiración de todos los que lo conocemos.

Después de aquellos viajes de preparación, usted regresó a México, doctor Quijano, y junto con don Clemente Robles hizo una mancuerna quirúrgica fenomenal en el Instituto Nacional de la Nutrición, renombrado desde entonces porque ahí se realizaba la mejor cirugía de México; y en ese tiempo tuve la fortuna de encontrarme con usted.

Yo era estudiante de tercer año, y un día llegó al pequeño sanatorio de la colonia Roma en el que yo trabajaba como interno de guardia, y ahí lo vi operar, con calma, con elegancia, precisión y seguridad; "quiero ser cirujano como él", pensé, y mi vocación quirúrgica, que yo tenía desde mi infancia, se consolidó en ese momento.

El doctor Ignacio Chávez, rector de la UNAM, le pidió que fuera director de Servicios Escolares y usted aceptó; ahí lo volví a encontrar al final de mi carrera, y gracias a la diligencia con que ordenó la revisión de estudios la misma, pude sustentar a tiempo mi examen profesional poco antes de viajar para realizar mi internado de posgrado en los Estados Unidos.

Su calidad humana y profesional lo llevaron de nuevo al área médica, cuando el licenciado Benito Coquet, director del Instituto Mexicano del Seguro Social lo invitó para ser director del flamante Hospital General del Centro Médico Nacional en 1963, y ahí para mi fortuna tuve el placer de encontrarlo nuevamente.

En numerosas operaciones fui su ayudante, incluso en una celeberrima operación de vesícula que usted realizó a la esposa del presidente Gustavo Díaz Ordaz; en otras ocasiones, cuando ya operaba con más libertad, en más de una ocasión pedí que viniera en mi ayuda ante un caso por demás difícil; no olvido la nobleza y amabilidad con la que llegaba a la sala de operaciones y con su sola presencia calmaba una situación que parecía desesperada y resolvía el problema tranquilamente; como muchos otros compañeros, de usted aprendí la paciencia y la prudencia en la cirugía.

Pero además, su influencia en nuestra preparación no se limitaba al área médica; recuerdo que en una ocasión en medio de una operación me preguntó: ¿Rafael, ya leyó "Crónicas Marcianas"?; y en otra me dijo: ¿qué le parece el libro de García Márquez "Cien Años de Soledad"?; con usted recordé que "quien sólo sabe medicina, ni medicina sabe", y aprendí que la preparación del cirujano debe ser universal.

Como yo, cientos de médicos crecimos gracias a usted, gracias a sus observaciones, a sus consejos, a su amable protección cuando cometimos errores, pero sobre todo gracias a su ejemplo, día con día, en todas las circunstancias, médicas, quirúrgicas o sociales.

La búsqueda de la excelencia en su vida lo llevó, doctor Quijano, a fundar el Consejo Mexicano de Cirugía General, a ser presidente de la Academia Nacional de Medicina, a ser miembro del Consejo Ejecutivo de la Organización Panamericana de la Salud y luego de la Organización Mundial de la Salud; y en su calidad de maestro escribió el monumental libro "Principios fundamentales de la cirugía" en el que tuve el honor de participar, y más recientemente ha sido el editor de la Revista de la Facultad de Medicina de la UNAM; su libro "Disertaciones y repeticiones" en el que reúne muchos de los editoriales de la Revista y muchas reflexiones científicas y filosóficas, es un pequeño tesoro que guardamos para leerlo una y otra vez. En todo momento, en todos los puestos y cargos, ha mantenido esa mezcla de dignidad y sencillez que sólo tienen los grandes hombres.

Recuerda, doctor Quijano, que gracias a usted fui becado a Francia, en donde sus colegas me trataron en forma especial recordando los estrechos vínculos que usted creó con la comunidad científica francesa; y sé que como yo, muchos colegas fueron motivados y promovidos por usted para mejorar su preparación y adiestramiento en el extranjero.

A nombre de los médicos y cirujanos que han tenido como yo el privilegio de conocerlo, tratarlo y aprender de su sabiduría, y hemos conocido esa hermosa simbiosis de ciencia y humanismo que lo distingue, quiero, don Manuel, darle las gracias, y asegurarle que, como tributo y honor a su infatigable labor, intentaremos seguir sus enseñanzas, su ejemplo y su humanismo, en este fascinante mundo de la medicina y la cirugía.

Larga vida, don Manuel, y gracias por ser como es.

Rafael Álvarez Cordero



Felicitaciones por su fructífero quehacer

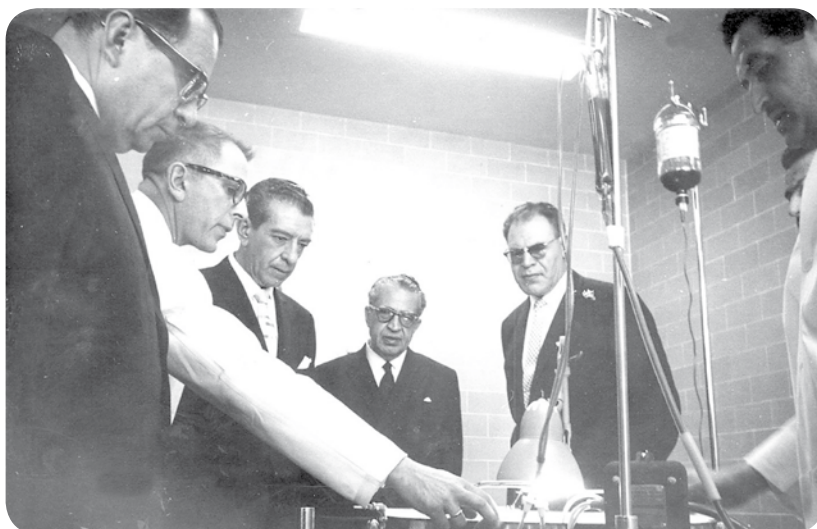
Manuel Campuzano Fernández

En 1946 yo tomé la clase de gastroenterología de pregrado en el aula del Pabellón 9 del Hospital General de la entonces Secretaría de Salubridad y Asistencia.

El curso se iniciaba en enero y, en el mes de octubre del mismo año tuve la oportunidad de asistir a su inauguración, como un hospital autónomo, creado por ley aprobada por el Congreso, en una ceremonia en que tuvimos la oportunidad de presenciar, al menos yo, por primera y única vez en mi vida al presidente Manuel Ávila Camacho y a la primera dama.

A mi paso por esa nueva institución, disfruté de una organización que no estaba acostumbrado a ver en otras en las que había tomado clase y tampoco en aquellas en que me tocó hacer el internado rota-

torio; tenía muy buenos laboratorios que se habían ido desarrollando poco a poco, muy buenos gabinetes, personal de casi todas las especialidades, siempre disponible para ayudar en el diagnóstico y el manejo de pacientes, que además cumplía rigurosamente con su horario por gusto y vocación, porque no había reloj checador y, con un espíritu académico y de grupo muy especial, pues había sesiones variadas regularmente en que se discutían los problemas de los enfermos para enfocar diagnósticos y tratamientos, y se evaluaban resultados permanentemente a través de las sesiones clínico-patológicas que religiosamente tenían lugar los sábados de 10 a 12 horas como para cerrar con broche de oro las actividades de la semana.



Ese paraíso virtual nos impactó, a mis compañeros y a mí, para hacer estudios de posgrado y entramos en él a hacer una residencia al graduarnos, a partir de 1949.

Entonces nos pudimos percatar de que parte del éxito del sitio, muy importante por cierto, era que su fundador, el maestro Salvador Zubirán, escogía al personal de colaboradores de manera impecable.

Cuando yo llegué como residente hacían las veces de jefes de medicina interna los doctores Bernardo Sepúlveda, Roberto Llamas, Francisco Gómez Mont y Luis Sánchez Medal; y, de cirugía el doctor Clemente Robles, y como jefes de piso Manuel Quijano Narezo y Rafael Muñoz Kapellman.


Creo que es muy importante describir el sitio en que le tocó desenvolverse al doctor Quijano a su regreso, después de haber trabajado en otros hospitales y de haber visitado por largos períodos hospitales de Estados Unidos y de Europa.

Quijano era un joven cirujano general según el concepto de la época, al que lo único que me faltó ver hacer fue operaciones de cirugía encefálica y de corazón, estas últimas porque aún no se iniciaban. Lo admirábamos porque poseía un espíritu refinadísimo. Siempre, creo que desde su edad más tierna fue aficionado a la lectura de cuestiones generales que constituyen la cultura de un ser humano; historia, política e interés por el quehacer diario de las instituciones, su país y el universo entero eran parte de sus inquietudes. No le eran ajenas las cuestiones que nutren la sensibilidad, pues era asiduo concurrente a espectáculos teatrales, conciertos, conferencias, cine, por supuesto sin descuidar los problemas propios de su práctica médica. No mostraba interés especial por los aspectos materiales y trataba con la misma deferencia a los pacientes más pobres que a los que les sobraba el dinero. Podía notarse fácilmente que era un admirador del intelecto y un soldado que militaba apasionado bajo el poder de la justicia y de la libertad.

Tal como lo he descrito, Manuel pudo haber sido actor, poeta, escultor o pintor; pero escogió la cirugía, sus razones habrá tenido y, fue un cirujano que pintaba y que esculpía al operar y que sabía defender la vida y todas las buenas cosas relacionadas con ella, especialmente como ya dije, la justicia y la libertad.

Yo procuraba, siempre que había manera, ser adscrito de Manuel y creo que también a la inversa, Manuel me prefería a otros.

Debe haber trabajado en Nutrición 15 años o un poco más. Era un cirujano exitoso que gozaba del reconocimiento amplio en su medio y fuera de él, rico en amistades y plenamente realizado, cuando el destino le deparó un largo viaje con el maestro Ignacio Chávez, quien apreció en él sus múltiples cualidades y lo llamó a trabajar muy de cerca cuando fue rector; esa es una de tantas circunstancias que a cada rato nos recuerdan el papel que el destino juega en la vida de los seres. El reto intelectual significaba tanto para Manuel que resolvió atenderlo y cambiar en su momento lo que tenía: Nutrición por la Universidad y así se inició su carrera en esta última, a la que después de la época que le tocó dedicar sus esfuerzos al Instituto Mexicano del Seguro Social, habría de regresar para siempre.

El paso de Manuel Quijano por Nutrición de la calle de doctor Jiménez, me trae gratísimos recuerdos de cosas que ambos convivimos y protagonizamos; es un deleite para mí contribuir con ellos, en este momento de la vida de él en que se celebra un período de tiempo mucho mayor al que yo me referí, en que él continuó contribuyendo al enriquecimiento del Instituto Mexicano del Seguro Social y de la Universidad Nacional Autónoma de México. Felicidades por tu fructífero quehacer y por tu larga vida Manuel. 



DATOS PROFESIONALES

- Título de médico cirujano en la UNAM. 1943
- Médico residente del Hospital General de México. 1944
- Cirujano del Hospital Civil. Manzanillo, Colima. 1945
- Médico interno en el Hospital St. Luke's, New Bedford, Mass, EUA. 1946 (enero a junio)
 - Residente de cirugía. Clínica Lahey. 1946 (julio a diciembre)
- Residente investigador en cirugía. Massachussets General Hospital de Boston, Mass, EUA. Septiembre 1951 a mayo 1952
 - Asistente en cirugía. Hospital St. Louis, París. 1955
 - Cirujano del Hospital de Enfermedades de la Nutrición. 1948 a 1961
- Director del Hospital General del Centro Médico Nacional del IMSS. 1963 a 1971
 - Asesor de la Subdirección Médica del IMSS. 1971 a 1978
- Agregado científico a la Misión de México ante la UNESCO en París, Francia. 1980 a 1983
- Director general de Asuntos Internacionales de la Secretaría de Salubridad y Asistencia. 1983 a 1989
 - Editor en jefe de la Revista de la FM, UNAM. 1995 a la fecha

DOCENCIA

- Profesor de introducción a la cirugía en la FM de la UNAM. 1956 a 1968
- Profesor titular del Curso de Graduados de Cirugía General de la UNAM de tres años de duración. 1966 a 1978

OTROS PUESTOS ACADÉMICOS

- Director de Servicios Escolares de la UNAM. 1961 a 1962
- Jefe de la División de Estudios de Posgrado, FM de la UNAM. 1978
 - Miembro de la Junta de Gobierno, UNAM. 1968 a 1976
- Presidente del Consejo Mexicano de Cirugía General. 1976 a 1979
 - Oficial de la Ordre National du Mérite, República Francesa
 - Presidente de la ANM de México. 1978
- Miembro del Comité Ejecutivo de la OPS. 1986 a 1988. Vicepresidente ese último año
- Miembro del Consejo Ejecutivo de la OMS. 1987 a 1989. Presidente del mismo en 1989

SOCIEDADES A LAS QUE PERTENECE

- Miembro de la ANM. 1957
- Miembro de la Academia Mexicana de Cirugía. México
 - Fellow del American College of Surgeons. 1958
- Miembro honorario de la Sociedad Colombiana de Gastroenterología
 - Miembro de la Academia de Cirugía. París

TRABAJOS PUBLICADOS

- Ha publicado más de 60 trabajos científicos, y un amplio número de editoriales, semblanzas e *in memoriam*
 - Libro: *Principios fundamentales de la cirugía*. Dos tomos. UNAM. 1981
 - Libro: *Disertaciones y repeticiones*. Siglo XXI, coeditado con la UNAM. 2003

CAPÍTULOS DE LIBROS

- "La cooperación internacional en materia de salud." La política internacional de México en el decenio de los ochenta. Fondo de Cultura Económica. 1994
- "La medicina mexicana en la globalización." Un siglo de ciencias de la salud en México. Coordinado por Hugo Aréchiga y Luis Benítez Bribiesca. Fondo de Cultura Económica. 1a edición. México. 2000

A Manuel Quijano

DE EDITOR A EDITOR

Jorge Avendaño-Inestrillas

Conocí a Manuel Quijano allá por el año de 1956 cuando yo daba mis primeros pasos como editor en La Prensa Médica Mexicana, una empresa editorial bajo la dirección de la señora Carolina Amor de Fournier.

Manuel pertenecía a un grupo de médicos muy cercano al doctor Raoul Fournier, quien fue el creador del Centro de Atención Médica para Enfermos Pobres (CAMEP).

Allí, Manuel Quijano daba consulta gratuita al lado de otros jóvenes médicos muchos de los cuales llegaron a ser brillantes profesionales.

El antecedente es importante porque de este grupo surgió una de las primeras revistas médicas en México de la que Manuel Quijano fue colaborador. Esa publicación adoptó como nombre las siglas del mencionado centro asistencial: CAMEP.

CAMEP (la revista) era más bien un periódico tamaño tabloide con el formato de la *Presse Médicale* que se publicaba en Francia. A nadie escapa que en ese tiempo la influencia de la medicina francesa sobre los médicos mexicanos era muy evidente.

A propósito del paralelismo entre la *Presse Médicale* (Francia) y La Prensa Médica Mexicana (México) estoy seguro que Manuel recuerda la siguiente parte de una entrevista que la doctora Eugenia Meyer le hiciera al doctor Raoul Fournier.¹

“El CAMEP se fundó con el objeto de hacer, a la manera de una síntesis, un centro de investigación y, además, poner al alcance de los muchachos toda la noción de la medicina en un periódico que pudieran comprar.

“La Prensa Médica Mexicana fue una cosa más profesional, pues cuando se acabo el centro de asistencia social (porque la clientela se fue al IMSS) aquellas siglas ya no tenían razón de ser.

“Mi mujer (Carolina Amor) ya había estudiado tipografía y muchas otras cosas referentes a los libros. Un día de 1937, estando juntos en París, yo llevaba en las manos un ejemplar de la *Presse Médicale* y me dijo:

—;Hombre! Mira que título más bueno para una revista. Pues: la Prensa Médica Mexicana.

“Sí —le dije— nada más que para no ser tan imitadores vamos a cambiar de formato. Lo cambiamos y se transformó en La Prensa Médica Mexicana.”

Así fue como CAMEP (la publicación) dio nacimiento a una nueva revista con el nombre de *La Prensa Médica Mexicana* y, a su vez, a una empresa editorial fundada con el mismo nombre por la señora Fournier.

El nombre de Manuel Quijano siempre estuvo ligado a ese grupo médico, a esa revista y, por supuesto, a la misma editorial. Con el tiempo, Manuel ganó fama de excelente cirujano; además de su labor como tal, escribía artículos de especialidad y hasta llegó a convertirse en traductor de algunos libros que entraron a formar parte del fondo editorial de La Prensa Médica Mexicana.

Dicen que “quien alguna vez olió la tinta de imprenta la olerá toda su vida”. Tal vez ese sea el caso de Manuel quien desde hace trece años ha dedicado sus mejores esfuerzos a editar la *Revista de la Facultad de Medicina* de la UNAM.

La *Revista* es un ejemplo entre todas las publicaciones médicas mexicanas. Tiene cincuenta años de existencia y esa persistencia es un mérito bien ganado que comparten, con Manuel, todos quienes han sido sus editores a lo largo de medio siglo.

El doctor Manuel Quijano ha mantenido la *Revista* sin escatimar esfuerzo alguno. Quiénes la reciben cada dos meses deben reconocer la tarea de Manuel puesto que él escribe los editoriales, piezas magníficas de reflexión acerca de temas médicos, revisa los originales que le envían para publicación, los corrige y se comunica con los autores para darles sugerencias que mejoren el contenido o la forma de sus colaboraciones.


También hay que reconocer al doctor Quijano como uno de los miembros fundadores del Comité Asesor de Publicaciones de la Facultad de Medicina de la UNAM. Cuando se retiró voluntariamente de ese grupo dejó un gran vacío pues sus comentarios y juicios fueron siempre ponderados, directos y apoyados en una vasta experiencia de vida, no sólo como cirujano y editor, sino como hombre culto y bien informado.

Al paso de los años, las labores editoriales nos han llevado a compartir un área común de trabajo en la Secretaría de Educación Médica de la Facultad de Medicina de la UNAM.

Nos separa un muro de tablaroca, pero nos unen tareas similares como editores y, sobre todo, nos identifica la misma pasión por comunicar los avances médicos: Manuel en el área de la *Revista* y yo en la de los libros.

Rendir una homenaje a Manuel Quijano es reconocer una tarea callada, la mayor parte de las veces de carácter anónimo, que realiza un médico que, al mismo tiempo que médico, dedica buena parte de su vida a colaborar en una tarea fundamental de la Universidad: la divulgación del conocimiento.

Manuel Quijano es un personaje y como tal debe ser tratado.

Sirvan estas líneas, con toques nostálgicos, para enviarle mi afecto, mi amistad y mi reconocimiento... de editor a editor. 

¹ Raoul Fournier. *Médico humanista*. México. 1995. Academia Nacional de Medicina y UNAM. págs. 207, 208 y 210.

Manuel Quijano Narezo: Cirujano eminente y *sui generis*, amigo entrañable y mi involuntario mentor

Carlos Campillo

Manuel Quijano Narezo ha sido uno de los cirujanos más prominentes de nuestro país. Por eso mucho se ha escrito sobre él. Su trayectoria y su obra son de sobra conocidas. Ha sido precursor de incontables actividades y promotor de muchas iniciativas. Su largo desempeño comprende los ámbitos quirúrgicos, educativos, editoriales, societarios, universitarios y académicos. Ya que se trata de un hombre verdaderamente multifacético, en estas líneas pasaré por alto los aspectos profesionales y públicos de su vida para concentrarme en uno mucho más concreto y personal, a saber, la larguísima relación que he mantenido con él y la manera en que, acaso sin percatarse, ha influido en muchos aspectos de mi vida.

Conocí a Manuel Quijano desde antes de nacer. Cuando llegué al mundo ya estaba instalado en mi entorno familiar, de ahí que no guarde ningún recuerdo de cuando lo vi por primera vez. Fue amigo de mi padre desde que ambos cursaban el bachillerato en el Colegio Francés Morelos, lugar donde estudiaban los jóvenes de la clase media católica, pues casi no había otra. Fueron compañeros de generación de José Laguna, Luis Sánchez Medal y José Antonio Quiroz, así como de muchos otros médicos prominentes que sería largo mencionar aquí. Así pues, Manuel Quijano fue mi amigo casi por herencia genética. De niño le decía "tío", como era costumbre nombrar en esa época a los amigos cercanos de los padres. Sin embargo, esa amistad en cierto modo impensada y amorfa de mi infancia adquirió cuerpo y vida propios durante mi adolescencia. Desde entonces no ha dejado de construirse, transformándose y enriqueciéndose con el tiempo, y abarcando muy diversos aspectos de mi vida: intelectuales, profesionales, familiares y personales. En cada uno de ellos Manuel, sin proponérselo, ha metido las narices, a veces de manera protagónica, otras sólo indirecta. Aunque nuestra amistad no se alimentó con el trato cotidiano, ni siquiera frecuente, los encuentros con él, espaciados y en ocasiones fortuitos, siempre han sido intensos y significativos para mí. Han dejado una profunda huella.

Lo primero que distinguí a Manuel del resto de los amigos de mi padre fue el rumor de que comulgaba con el socialismo y era de ideas liberales con respecto a la religión y el sexo. En plena adolescencia, aquello me cimbró. Más tarde confirmé que los rumores que corrían en voz más o menos baja estaban bien fundados, y comprendí que mi reacción inicial se debía al descubrimiento de un hombre muy diferente al común de los amigos médicos que frecuentaban mi entorno familiar. En otras palabras, Manuel era un hombre de avanzada, y eso, en el México de aquellos años era toda una hazaña. Una hazaña por demás notable en vista de los antecedentes y circunstancias personales que lo rodeaban: potosino de nacimiento, miembro de una familia tradicional, educado en ins-



tituciones católicas en las que aún resonaban las consignas cristeras, médico de profesión y especializado en cirugía. En esas condiciones, ¿no era acaso una proeza salirse del molde esperado?

Mi temprano descubrimiento de Manuel y el reconocimiento de sus méritos me llevaron a observarlo más de cerca y a conocer desde otro ángulo ciertos rasgos de su personalidad. Individualista riguroso, congruente con sus ideas, discreto en su estilo de vida y dotado de una amplia gama de intereses, Manuel Quijano se ha caracterizado además por su sólido compromiso social. Durante muchos años, tal vez décadas, gozó con justicia del prestigio de ser el mejor cirujano de México. Pasaron por sus manos expertas, en el Servicio de Cirugía del Centro Médico del Seguro Social, algunas de las figuras más connotadas del país, y a casi todas les abrió el abdomen y en muchas ocasiones les salvó la vida de manera gratuita. Si bien pudo haber hecho una fortuna de su profesión, por fidelidad a sus convicciones renunció a ello.

Manuel no ha sido sólo un cirujano diestro sino un médico culto, lleno de inquietudes, capaz de expresar y escribir con elegancia sus muchas ideas. Esa capacidad suya es excepcional en nuestro medio, donde el cirujano suele ir a lo suyo, sin reparar muchas veces en otros ámbitos del conocimiento o en otras manifestaciones creativas. Es justamente por ello que lejos de apegarse a la endogamia gremial a la que los médicos somos tan proclives, Manuel Quijano supo romper con ella, tal como lo muestra la variedad de intelectuales, artistas y científicos que ha formado el círculo de sus amigos.


Hay un episodio en la vida profesional de Manuel Quijano que deseo evocar aquí, no sólo porque está ligado estrechamente con mi formación médica, sino porque da cuenta de una faceta poco conocida, o más bien, poco reconocida de su vida profesional. En tiempos de la rectoría del maestro Ignacio Chávez, justamente en 1962, año en que ingresé a la Escuela de Medicina, Manuel elaboró el primer examen de admisión de la institución, en su carácter de Director de Servicios Escolares de la UNAM. Aquel examen marcó un hito en la historia de la institución,

pues además de haber sido pionero, su procedimiento fue impecable y sus resultados inobjetables en vista de su transparencia, lo que generó una gran confianza entre la comunidad universitaria. Marcó asimismo toda una época de mi vida, ya que reivindicó el plantel en el que había estudiado el bachillerato, la Escuela Secundaria y Preparatoria de la Ciudad de México, de donde salieron los alumnos que obtuvieron las notas más altas después del Colegio Alemán, situación que de paso fortaleció mi abollado ego adolescente. Evocar ahora ese lejano episodio no es más que una manera de agradecerle a Manuel Quijano lo que, seguramente sin saberlo ni proponérselo, hizo por mí: darme confianza en mi muy incipiente preparación y cierta seguridad en el futuro que me esperaba como estudiante de medicina.

Otras dos anécdotas han quedado profundamente impresas en mi recuerdo, quizá porque reforzaron en cierto modo aquella primera percepción mía de Manuel Quijano como un hombre de mente abierta. Una de ellas data de 1967, cuando acababa de publicarse el polémico libro de Desmond Morris, *The Naked Ape*, que él me regaló con motivo de mi vigésimo segundo cumpleaños, creándose así, no sé del todo por qué, esa especie de vínculo cómplice que hemos mantenido todos estos años. La otra anécdota fue muy poco después, esta vez a propósito de una película, *2001 Odisea del espacio*, de la que oí hablar por primera vez por boca de Manuel. Por su tono y sus comentarios me percaté de que la obra de Stanley Kubrick lo había impactado y llevado a elaborar la hipótesis de una relación erótica entre la

computadora y el protagonista principal, tesis sobre la que discutimos larga y acaloradamente.

La máxima excentricidad de un cirujano es tal vez creer en la psiquiatría, mi especialidad. Y Manuel Quijano no sólo cree en ella sino que la conoce bien y ha contribuido a su desarrollo de manera significativa. En 1964, cuando fue director del Hospital de Especialidades del Centro Médico del IMSS, en un acto sin duda visionario, autorizó la creación de un Servicio de Psiquiatría. Y fue visionario porque muchos años después, en los países más desarrollados, la atención psiquiátrica siguió justamente ese camino, es decir, el de los hospitales generales, tal como lo propone ahora, como estrategia prioritaria en el mundo entero, la propia Organización Mundial de la Salud. Por desgracia, las autoridades del Seguro Social no alcanzaron a comprender el alcance de aquella medida y, una vez que el doctor Quijano se fue, cerraron el servicio psiquiátrico.

Para terminar esta brevíssima semblanza de Manuel quiero dejar testimonio del profundo cariño que me unió también a su hijo Álvaro, muerto prematuramente de un infarto masivo al miocardio, en circunstancias que jamás olvidaré; circunstancias que son para mí otro vínculo, aunque por demás doloroso, con Manuel Quijano, a quien no obstante el paso de los años tal vez sigo viendo con los mismos ojos asombrados de mi adolescencia. 



Entrevista

Sus logros como cirujano y funcionario dan al doctor Manuel Quijano Narezo el calificativo de un gran universitario

Rocío Muciño y María Elena González

- Pionero de los trasplantes de riñón en México
- Funcionario universitario, de la Secretaría de Salud, de instituciones hospitalarias y de organismos internacionales
 - Creador del examen de admisión para la licenciatura de la UNAM
 - Miembro de la Junta de Gobierno
 - Editor de la *Revista de la FM*



La Facultad de Medicina (FM) cuenta con grandes personalidades que, como parte de su labor cotidiana, tienen la responsabilidad de educar, investigar y divulgar la ciencia y la cultura, elementos que van moldeando el camino histórico de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) y del país. Una de estas figuras es el doctor Manuel Quijano Narezo, editor de la *Revista de la FM*, quien cuenta con una gran lista de actividades y funciones desempeñadas dentro y fuera de la Universidad que le dan el calificativo —en toda la extensión de la palabra— de un gran universitario y galeno, con una trayectoria ejemplar.

En entrevista para la *Gaceta*, el doctor Quijano recordó diversas etapas de su vida académica, de funcionario universitario, en la Secretaría de Salud, en instituciones hospitalarias y en organismos internacionales, así como de su quehacer en la cirugía, especialmente como pionero de los trasplantes de riñón en México.

Formación profesional

Manuel Quijano Narezo fue parte de la segunda generación de residentes (1944) del Hospital General de México y se desempeñó en el Hospital de Enfermedades de la Nutrición (hoy Instituto Nacional de Ciencias Médicas y Nutrición “Salvador Zubirán”) de 1948 a 1961.

Recordó que cuando el doctor Gustavo Baz era secretario de Salud pidió a los jefes de residentes un muchacho con experiencia en cirugía y que quisiera irse a tierra caliente. Entonces, fue designado director del Hospital Civil de Manzanillo, en donde estuvo un año. Posteriormente consiguió una beca para ir a Estados Unidos de América, y allí tuvo la suerte de contar con habitación y comida en el hospital, y “hasta un pequeño sueldo de 25 dólares.

“Entonces estuve ahorrando dinero y cuando terminé me fui a Europa. Admiro Francia y pensé que cuando regresara a México tendría que establecerme en serio, de manera que con el dinero que ahorré me alcanzó para estar allá ocho meses. Al regresar comencé a dar clases.”

Pionero de los trasplantes en México

“Después de Nutrición, fui nombrado director del Hospital General del Centro Médico Nacional del Instituto Mexicano del Seguro Social (IMSS). En ese momento estaban de moda los trasplantes, pero en México no se había hecho ninguno. Comencé a trabajar en cadáveres y luego en perros. En 1963 se presentó una oportunidad, teníamos tres receptores y posibles donadores. El 4 de diciembre de ese año se hizo el primer trasplante de riñón y fueron los primeros casos en Latinoamérica. Como resultado hice un trabajo que presenté en la Academia Nacional de Medicina (ANM).”



Como funcionario universitario ha desempeñado varios cargos

Al ser designado rector por la Junta de Gobierno, el doctor Ignacio Chávez buscó rodearse de amigos que le ofrecieran lealtad; entonces llamó al doctor Quijano Narrezo, quien no pudo negarse, incluso con sus compromisos en Nutrición y su labor como cirujano.

Ya como miembro de su alma máter, a la que le tiene un gran amor, recuerda que realizó actividades relevantes:

Como secretario de Servicios Escolares. “Primero fuimos quitando fuerza a centenares de supuestos líderes o dirigentes estudiantiles que se creían con derecho de tramitar asuntos —como inscripciones, derecho a examen regular a faltistas, cambios de grupo, etcétera—; esgrimí varias veces que ellos debían colaborar en la educación de los jóvenes obligándolos a valerse por sí mismos y realizar esos trámites personalmente... paulatinamente fueron disminuyendo sus pretensiones, lo que se reforzó con una acción de la Rectoría que los convenció de que debían desaparecer las seis federaciones estudiantiles y elegir limpiamente una federación única.

“Segundo, convencimos a las empleadas para que se aligeraran los trámites; de esta forma hacer una revisión de estudios, recibir la carta de pasante o fijar fecha de examen profesional se hacían ya en pocos días y no meses.

“Tercero, se establecieron oficinas ‘satélites’ en cada facultad o escuela para evitar que los alumnos tuvieran que trasladarse a la oficina central de Servicios Escolares. Se diseñó una hoja de posibles trámites que el estudiante señalaba y al día siguiente debía pasar por la respuesta. Estas oficinas ‘satélites’ se transformaron años después en los departamentos que existen en cada una de las dependencias universitarias.

“Cuarto, se diseñó y operó el examen de admisión a la licenciatura. Se decidió utilizar la forma de prueba ‘objetiva’ con opciones múltiples para que la calificación pudiera ser automática, rápida e imparcial. Después se pensó qué materias debían integrarlo y se pidió ayuda a profesores de diversas facultades para que prepararan reactivos con cinco opciones de matemáticas, física, química y biología de dificultad media, pero que fueran diagnósticas. Con el cuestionario completo visitamos a varias preparatorias oficiales y privadas para aplicar la prueba a grupos de 20 a 40 alumnos con la advertencia de que deseábamos validar un cuestionario al que debían contestar con honestidad. Completado el experimento con más de 400 jóvenes se analizó no sólo la respuesta correcta, sino cada alternativa, para descartar tanto las que parecían muy difíciles por el bajo número de aciertos como las demasiado fáciles.”

Finalmente, una vez validada la prueba se les hizo, al final de 1961, a todos los alumnos candidatos a inscribirse a licenciatura y el resultado dio una curva de Gauss perfecta que indicaba que coincidía con el nivel medio de conocimientos. Se aplicó una noche a todos los estudiantes de turno nocturno y a la mañana siguiente a todos



los del diurno para evitar la pérdida de cuestionarios. La prueba fue calificada por una computadora lectora que existía en Nuevo León y que se pidió en préstamo.

Para el año siguiente se mejoró la logística, se formaron grupos fijos y se envió a cada salón el número exacto de cuestionarios con la lista de personas que debían someterse al examen en cada sitio. Así, el examen fue tomando forma, lo que dio mayor calidad a nuestra Universidad y sus nuevos integrantes.

“El examen de admisión a las licenciaturas fue y es un elemento muy importante para la mejoría académica de la UNAM, pues no puede confiarse tan sólo en el promedio dado en gran número de escuelas, grupos y docentes de cada asignatura en el bachillerato que, con seguridad, no son coincidentes en su apreciación de la preparación del alumno, ni siquiera si éste tiene interés vocacional y conocimientos.”

Luego de dos años, renunció ante la oferta del puesto de director del Hospital General del Centro Médico Nacional del IMSS.

Agregó que tras la salida del rector Chávez, se entrevistó con el rector Javier Barros Sierra para explicarle cómo se realizaba el examen de admisión, y quedó muy sorprendido: “Consideró que los de las preparatorias de la UNAM ya eran universitarios y dispuso que el examen se aplicará sólo a los procedentes de las incorporadas.

“Un año más tarde me ofreció pertenecer a la Junta de Gobierno, de la cual fui miembro de 1968 a 1977, de tal forma que me tocó vivir desde esa trinchera el movimiento estudiantil”, recordó.

Otro cargo que desempeñó fue el de titular de la oficina de la División de Graduados de la FM durante 1978 y 1979. De esta gestión, destacó que por primera vez, al inscribir a los alumnos de segundo año de residencias se les aplicó un cuestionario de datos escolares y socioeconómicos, que después se cotejó con los resultados obtenidos por cada sustentante y la universidad de procedencia, lo que dio lugar a una publicación en la *Gaceta Médica* de la ANM en 1983.

Como docente

En la FM se desempeñó como profesor de asignatura y después de algún tiempo de ser ayudante de clínica con los doctores Alfonso Álvarez Bravo y Clemente Robles, en 1956 fue nombrado profesor de técnica quirúrgica en cadáver.

En 1958 el director Raoul Fournier inició el cambio de plan de estudios al formar “grupos piloto”. En el tercer año daban clase los doctores Rubén Vasconcelos,

asistido por Francisco Durazo, en introducción a la clínica; Ruy Pérez Tamayo en patología; Efraín Pardo en introducción a la terapéutica, y Quijano en introducción a la cirugía.

“El contenido pretendía enseñar a los estudiantes lo que un internista debe saber de cirugía. Valiéndome de la pregonada libertad de cátedra, cambié el contenido de mi curso. No se contemplaron propiamente prácticas sino ‘demostraciones’ de cómo lavarse las manos, ponerse la bata de cirujano y los guantes, conocer los diferentes instrumentos, hasta cómo transportar los enfermos, etcétera. Mi adjunto era Bernardo Castro Villagrana, quien se ocupó principalmente de las prácticas. Más adelante me desentendí de las operaciones en perros que habíamos iniciado, pero puede decirse que fui el iniciador del Departamento —que más tarde se llamó— de Cirugía Experimental.”

En 1965 iniciaron los cursos de graduados oficiales para los residentes, con reconocimiento universitario, y fue nombrado titular del de Cirugía General, para el que estableció el plan de rotaciones con objeto de capacitar al estudiante para operar abdomen y cuello, extirpar amígdalas, cosas sencillas de ginecología y realizar cesáreas; pasó por un servicio de ortopedia y de vascular periférico, así como urgencias. Finalmente por patología para acostumbrarse a relacionar la anatomía macroscópica con la microscópica. El programa de este curso fue más tarde adoptado en los demás.

Recordó que la relación con los otros profesores de cursos de tres años fue tan buena que en 1979 formaron el Consejo de Cirugía General —del cual fue el primer presidente—, que quedó registrado ante la Secretaría de Relaciones Exteriores y la ANM. Dicho Consejo comenzó con más de 2 mil cirujanos de toda la República.

Secretaría de Salud y consejero de la OMS

Se retiró por algún tiempo de las intensas actividades y radicó por tres años en París, Francia, donde también convivió un tiempo con el doctor Guillermo Soberón. Al regresar a México el doctor Quijano, el doctor Soberón (quien se desempeñaba como titular de la Secretaría de Salud) le ofreció dos opciones para colaborar con él: titular de medicamentos o de asuntos internacionales; aceptó este último, al tiempo que fue nombrado miembro de la Organización Mundial de la Salud como consejero científico.

Editor de la *Revista de la Facultad*

Esta publicación tiene casi cincuenta años de aparecer ininterrumpidamente y ha tenido épocas variadas de periodicidad, tamaño, perfil y calidad. Durante la dirección del doctor Juan Ramón de la Fuente, el editor era el doctor Rodolfo Rodríguez Carranza, y ambos deseaban que la *Revista* fuera exclusivamente de investigación original y de materias básicas, lo que era difícil de lograr pues no estaba indexada y los investigadores preferían no publicar sus trabajos. Al entrar el doctor Alejandro Cravioto a la Dirección de la FM ofreció el puesto de editor al doctor Quijano, quien propuso convertirla en una publicación dirigida al médico general e indexada, con lo que se lograba un instrumento de educación continua y reforzamiento de vínculos. Al principio el tiraje era de 500 y con los cambios aumentó a 20 mil.

Sus gustos y pasiones

Además de disfrutar de Francia, el doctor Quijano goza de la tauromaquia, a la cual en algún tiempo fue aficionado asiduo. Recordó que en una ocasión asistió con una prima a una reunión de la familia Quijano en Monterrey, donde se organizó una corrida de toros. “Fui el único que se animó, pues tenía conocimiento de esta actividad y creo que no lo hice tan mal. Nunca lo había hecho”, concluyó. (F112)

